

ALOCUCION DEL PADRE J. V. DUCATILLON, O. P.

Traducción especial del doctor CARLOS HOLGUIN HOLGUIN,
Profesor de nuestra Facultad.

Queridos oyentes colombianos:

Hace apenas una semana que un avión venido de América Central me ha depositado sobre el suelo de vuestro país. Desde entonces he visitado tres de vuestras ciudades: Medellín, primero; después Barranquilla, y ahora Bogotá. He hablado públicamente en cada una de estas ciudades. En Medellín y Bogotá sobre todo han acudido auditorios inmensos que desbordaban los edificios donde tomaba la palabra. No olvidaré pronto, creedlo bien, la multitud que se apretaba en la catedral de Medellín, la de ayer tarde en el Teatro de Colón, de Bogotá, ni la de esta mañana en la iglesia de Santo Domingo.

No era una multitud indiferente o solamente curiosa. Me escuchaba con atención ávida que no se relajaba un instante, aun cuando mi discurso se prolongaba sin consideración por más de una hora. Era manifiesto —lo sentía en todas sus reacciones inmediatas y exactas— que mis oyentes me seguían hasta en los menores matices de mi pensamiento. Sin embargo, hablaba en francés y trataba problemas que conciernen a Francia. Y me sentía no sólo comprendido en mi lenguaje sino también, sobre todo, en los pensamientos y sentimientos que trataba de expresar y muchas veces tenía justamente la impresión (aunque esto pueda parecer paradójico) de que mi palabra francesa sólo podía comprenderse tan bien porque existía una plena comunión entre nuestros espíritus y nuestros corazones.

En esta forma abordaba auditorios totalmente desconocidos para mí hace apenas algunos días.

Se presenta en esto, ciertamente, un fenómeno en extremo singular y emocionante. En verdad, es necesario que existan entre Colombia y Francia “afinidades electivas” realmente excepcionales para que tal fenómeno pueda producirse. Debe de haber también en Colombia un amor muy profundo en relación con Francia.

¡Cuántas afinidades existen entre Francia y Colombia!
¡Qué amor el que hay en los corazones de los colombianos por Francia!

Afinidades de cultura, afinidades de religión: somos, tanto vosotros como nosotros, latinos y católicos. La cultura francesa es privilegiada entre vosotros; ¿sería acaso exagerado decir que es vuestra cultura? Muchas veces ella ha sido si no aportada por lo menos mantenida y desarrollada entre vosotros por esas admirables congregaciones religiosas venidas de Francia que han ejercido y continúan ejerciendo tanta influencia en vuestro país. Me atrevo apenas a enumerarlas, temiendo olvidar alguna: Eudistas, Hermanos Cristianos, Hermanos Maristas, Lazaristas, Hermanos de la Presentación de Tours (a las cuales me ligan tantos lazos y de cuyo magnífico desarrollo aquí me siento tan orgulloso); Madres del Sagrado Corazón, Hermanitas de los Pobres, Hermanas de San Vicente de Paúl, Hermanas de la Sabiduría...

Pero no ha sido sólo la lengua francesa lo que su venida a este país ha traído sino, al mismo tiempo, una modalidad de espíritu, un aliento, una mentalidad, una manera de justificar la vida religiosa y de comprender la vida cristiana... Sin la obra de estas congregaciones entre vosotros ¿habría podido acaso ser comprendido como lo he sido?

Estas afinidades han sido para mí particularmente más sensible aquí mismo, en esta ciudad de Bogotá, de la cual había oído repetir que era la Atenas de la América del Sur, por el refinamiento del gusto, las preocupaciones intelectuales, la finura del espíritu, la amplia cultura de sus habitantes.



Pero os confieso, queridos oyentes, que después de mi primer contacto con vuestra capital, la comparación que me viene espontánea y casi irresistiblemente al espíritu no es la de la Atenas antigua, en la cual —como lo comprendéis— no me ha tocado vivir, sino la de otra ciudad insigne por su cultura, que, ésta sí, conozco muy bien por haber vivido en ella y no haberme consolado desde hace cuatro años de estar desterrado de ella: París. Sí. Desde hace cuatro años, y por primera vez, aquí me ha parecido poder encontrar nuevamente a París, su vibración a todos los grandes pensamientos; su sensibilidad tan matizada, tan delicada; su educación tan refinada; su encanto superior, inimitable, irremplazable. ¿Cómo habéis hecho, amigos colombianos de Bogotá, para robarle así a París algo de su prestigiosa atmósfera?

En todo caso, es esto lo que explica proplamente por qué habiendo vivido desde hace apenas algunos días entre vosotros he podido encontrar ya amistades que me parecen haber sido de siempre.

He pronunziado hace un momento la palabra amor del pueblo colombiano por Francia. ¿Será un efecto de la afinidad que existe entre nuestros dos países? ¿O más bien una causa de esta afinidad? Sin duda, una y otra cosa. Antes de mi llegada se me había anunciado ya que encontraría aquí esta amistad. Pero dejadme deciros que lo que he encontrado sobrepaja —y grandemente— lo que podía esperar. Podéis imaginar talvez la emoción intensa que se apoderó de mí al comprobarlo. Pero, al mismo tiempo, dejadme confesároslo, no podía impedir que cierto remordimiento interior me asaltara, al pensar que yo había ignorado vuestro afecto por mi país y que tantos compatriotas míos podían ignorarlo también. Tenéis derecho, amigos colombianos, de preguntarnos con cierta amargura a los franceses si vuestra amistad hacia nosotros se encuentra correspondida. Indudablemente os hemos descuidado demasiado. Francia, antes de la guerra, se sentía como una gran reina que podía ceder muchas veces a la tentación de creer que todos los homenajes le eran debidos, sin que tu-

viera nada o casi nada que hacer para asegurar la reciprocidad.

Creo poder aseguraros que tal falta de nuestra parte será reparada en el futuro. Por mi parte, puedo prometeros que cuando me sea dado volver a Francia una vez libertada —Dios quiera que esto sea lo más pronto posible— diré allá muy alto lo que he visto aquí y lo que debe hacerse para responder a esto.

Había también en la simpatía comprensiva con que me habéis escuchado —por lo menos he creído discernirlo y vosotros juzgaréis si me equivoco— como un llamamiento, una espera, una esperanza. Y esto unido en vosotros a cierta inquietud. Llegaba yo, sacerdote y religioso francés, entre vosotros como un misionero y un testigo de mi país. Tratabais de encontrarlo y como de auscultarlo a través de mis palabras y de mi persona. Os preguntabais cómo encontraríais a Francia, tan lejana desde la invasión extranjera que la ha cortado del resto del mundo; esta Francia tan devastada, tan aplastada, tan trabajada por la desgracia. ¿Cómo es ella, y, sobre todo, cómo habrá de ser? Alcanzará la victoria, sin duda, al fin de cuentas, ¿pero a qué precio? ¿Esta victoria habrá de dejarla por siempre herida y humillada? ¿Será capaz de rehacerse y de volver a ser para el universo el foco de luz y la fuente de calor que siempre ha sido?

A esta pregunta, dejadme deciroslo, mi respuesta es sin duda alguna la siguiente: sí. Respondo de esto: Francia será mañana nuevamente la gran nación radiante. Su terrible prueba, lejos de aminorarla, la purifica. Es, como lo reconocen todos los que han estudiado su alma y su historia, el pueblo por excelencia de los cambios imprevistos, de los saltos vencedores. Las alternativas, caídas y levantamientos no son en ningún pueblo más numerosos que en Francia. Cae, se la cree abatida, y hela aquí, contra toda esperanza, en pie, más fuerte y más ardiente. Los acontecimientos que se desarrollan a nuestros ojos no son sino una nueva realización de esta ley. Francia no ha caído tan bajo sino porque mañana debe estar

en el cenit. Ved el temblor que sacude a ese pueblo. Para muchos es difícil creer a sus ojos y a sus oídos, y por esto quieren retardar su entrada en el concierto de las grandes naciones soberanas. Pero nada puede hacerse contra el flujo y el reflujo de las mareas; nada puede hacerse contra el empuje de vida de un pueblo que conoce su misión y que está seguro de su grandeza.

En el plano espiritual y cristiano sobre todo —dejadme asegurároslo y creed que hablo con conocimiento de causa— Francia continuará siendo mañana, como en el pasado, un incomparable semillero de santos, una de las grandes inspiradoras del pensamiento y de la acción de la cristiandad. Se la ha creído una nación atea: durante el tiempo mismo en que podía creerse más que lo era, producía más santos que ninguna otra nación y enviaba al universo más misioneros que todas las otras naciones reunidas. El efecto de la incredulidad en Francia fue purificar la fe de los creyentes y aumentar su caridad. En vísperas de la guerra fue el pueblo donde lo que se ha llamado la nueva cristiandad (es decir, una forma renovada de cristianismo que sin romper la tradición, por el contrario, llama no sólo a la evolución actual del mundo sino al desarrollo del cuerpo místico de Cristo) estaba en mayor desarrollo y el jefe de la Iglesia sentía gusto en reconocerlo. Lo que fue ayer será también mañana, y con mayor razón.

Dejadme, amigos colombianos, amigos de Francia, deciros y clamaros mi fe y mi esperanza de ardiente patriota y cristiano en el porvenir de mi país.

Dejadme garantizaros que podréis siempre estar orgullosos de ella, que lo estaréis cada día más y que vuestro amor por Francia no debe tener ningún temor, sino al contrario.

Y ahora autorizadme a expresaros a todos y cada uno mi gratitud profunda y emocionada por la recepción que me habéis hecho. No os olvidaré, y si algún día me es dado volver a estar entre vosotros, tendré en ello, os lo aseguro, un inmenso gozo.

Hasta luego, y viva Colombia y viva Francia.

TRES ODAS DE ANACREONTE

(Traducidas para esta Revista por Andrés Holguín.)

LA LIRA

*Yo cantaré las proezas
de los Atridas altaneros;
pero las cuerdas de mi lira
no vibran más que para Eros.*

*En una lira resonante
repetiría al mundo entero
los esplendores del Olimpo
y la canción del viejo Homero;
pero las cuerdas de mi lira
no vibran más que para Eros.*

*Adiós, olímpicas deidades,
héroes, artistas y guerreros;
no cantaré vuestras grandezas,
no cantaré vuestros ensueños,
porque las cuerdas de mi lira
no vibran más que para Eros.*

ODA XVI

*Tú cantas, bardo, las victorias
de los Tebanos valerosos;
tú, los combates de los Frigios;
tú, las desdichas de los Jonios.*